

Alberto Manguel

La biblioteca de noche



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Library at Night*

Traducción: Carmen Criado

Esta obra ha sido publicada con la ayuda del
Canada Council for the Arts / Conseil des arts du Canada



Primera edición: 2007

Tercera edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alberto Manguel, 2007

c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria

www.shavelzongraham.com

© de la traducción: Carmen Criado Fernández, 2007

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1362-748-9

Depósito legal: M. 3.112-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13	Preámbulo a la nueva edición
19	Agradecimientos
23	Prólogo
27	1. La biblioteca como mito
58	2. La biblioteca como orden
92	3. La biblioteca como espacio
121	4. La biblioteca como poder
139	5. La biblioteca como sombra
165	6. La biblioteca como forma
197	7. La biblioteca como azar
210	8. La biblioteca como taller
226	9. La biblioteca como mente
251	10. La biblioteca como isla
275	11. La biblioteca como supervivencia
295	12. La biblioteca como olvido
312	13. La biblioteca como imaginación
338	14. La biblioteca como identidad
355	15. La biblioteca como hogar
371	16. Conclusión
376	Procedencia de las ilustraciones
379	Índice analítico

En el siglo XVI, el poeta otomano Abdülatif Çelebi, más conocido como Latifi, llamó a cada uno de los libros de su biblioteca «un verdadero y afectuoso amigo que disipa todas las preocupaciones».

Este libro es para Craig.



Biblioteca de Aby Warburg en Hamburgo, Alemania.



Preámbulo a la nueva edición

La literatura, lo sabemos, puede desde tiempos inmemoriales ofrecernos fábulas ejemplares y preguntas cada vez más vastas y perspicaces. Pero ninguna literatura, ni siquiera la mejor ni la más cabal, puede salvarnos de nuestra propia insensatez. Los libros y sus bibliotecas no pueden protegernos del sufrimiento o del error deliberado, de las catástrofes naturales o artificiales debidas a nuestra propia codicia suicida. Lo único que puede hacer un libro es, a veces, milagrosamente, contarnos esa locura y esa codicia, y recordarnos que debemos mantenernos alerta frente a tecnologías mercantiles cada vez más absolutistas y autosuficientes. El libro que nos conmueve lleva en sí, para nosotros, diversas posibilidades transformativas. Un cierto libro puede ofrecer, a veces, consuelo frente al sufrimiento y palabras para dar nombre a nuestras experiencias, puede decirnos quiénes somos, puede enseñarnos a imaginar un futuro en el que, sin exi-

gir un convencional final feliz, podamos permanecer vivos, equilibradamente juntos, los unos con los otros, sobre esta tierra maltratada. Estas son algunas de las virtudes que pueden ofrecer nuestras bibliotecas.

Como seres humanos, aprendemos desde muy temprano que somos individuos, y que nuestra individualidad implica ciertas responsabilidades hacia nosotros mismos y también hacia los otros y el mundo que habitamos. Tal aprendizaje lo hacemos a través de nuestra propia experiencia, en gran parte adquirida a través del relato de la ajena. La imaginación, que nos permite conocer el mundo por medio de las ideas antes de vivirlo materialmente, nos enseña a crear historias para dar coherencia y verosimilitud a esas mismas experiencias. Y ese acopio de crónicas imaginadas desde nuestras primeras noches en la tierra, es comunicado, en las sociedades del libro, a través de la palabra escrita, preservada a lo largo de los siglos en nuestras bibliotecas. Por esa razón, la biblioteca es el espejo de la identidad del grupo social que la alberga, y también su memoria. Y a pesar de los temores endémicos que toda sociedad manifiesta hacia el poder del individuo, sabemos que sobrevivimos gracias a la tensión entre el impulso conservador de nuestras leyes y la sed inquisitiva de la consciencia individual.

Las amenazas pronunciadas contra los artistas y escritores desde los tronos de los reyes, desde los púlpitos de los inquisidores, desde los sillones de los presidentes, desde las oficinas de los capos industriales, no han hecho, al parecer, sino alentar, a pesar de todo, nuestro reconocimiento de la lectura como una actividad esencial del ser humano. Cuando en *La República* de Platón el

agresivo filósofo Trasímaco declara que la justicia no es «sino una generosa inocencia» y la injusticia sólo «discreción», sabemos que no tiene razón, pero el interrogatorio de Sócrates no llevará a demostrar de manera precisa e incontrovertible que sus definiciones son erróneas. Llevará, en cambio, a Sócrates a declarar que la justicia debe ser incluida en la clase de cosas «que, si se quiere ser feliz, hay que amar tanto por sí mismas como por lo que de ellas resulta». Pero ¿cómo definir esa felicidad? ¿Qué quiere decir amar una cosa por sí misma? Escribí el último párrafo de *La biblioteca de noche* en 2006. Ahora, frente a la generosa reedición de Alianza, sigo haciéndome estas preguntas.

Tengo una pesadilla recurrente. Estamos a fines de este siglo XXI. Más allá de vastísimos centros comerciales y rascacielos ciegos, se extienden interminables franjas de edificios abandonados y solares vacíos. A lo largo de las avenidas hay altísimos paneles publicitarios en 3D. Los pequeños comercios del siglo pasado han desaparecido, al igual que los árboles que bordeaban las calles. Los edificios se convierten en escombros y los escombros en arena. Un vasto desierto rodea ahora la ciudad, como todas las ciudades. Pocas personas, aún con mascarillas, se aventuran hacia el horizonte lleno de humo grisáceo por miedo o por falta de cuidado.

Esparcidas por la ciudad, principalmente en las zonas más abandonadas, hay unas pocas escaleras estrechas que conducen a oscuros sótanos. Los ancianos dicen que, hace décadas, estos lugares se llamaban boliches nocturnos, donde todavía actuaban músicos en vivo y un público acudía a escuchar. Poco a poco fueron cerrando y, final-

mente, empezaron a ser ocupados por un grupo diferente de personas, silenciosas y encorvadas por la edad. Se llaman a sí mismos Lectores y a las salas subterráneas Bibliotecas.

En el siglo pasado (recuerdan los antiguos) las llamadas Bibliotecas estaban alojadas en grandes edificios, algunos con orgullosas columnas custodiando la entrada, otros con grandes paredes de cristal que permitían a los transeúntes mirar en su interior. El intestino de estos edificios estaba formado por hileras de estanterías en las que se guardaban los Textos Antiguos (llamados Libros) en un orden críptico; cada uno de estos Libros tenía atribuido un número que debía significar algo alguna vez, pero que nadie ha descifrado ahora. El código de los Antiguos Textos se perdió durante una de las Transformaciones que borró todo el Antiguo Vocabulario y que no ha sido reconstruido desde entonces. Los Libros de la Biblioteca que sobrevivieron llevan esos misteriosos números (a veces acompañados de letras igualmente misteriosas) que son como los tatuajes de identidad que ahora se les hacen a los niños al nacer. Hoy los edificios de las Antiguas Bibliotecas son galerías comerciales y salones de juego.

Los Lectores acuden a los antros subterráneos en solitario, aceptando su condición de parias. Vienen a buscar un Libro antiguo como antes se iba a encontrar a un viejo amigo, a conversar, a poner experiencias en palabras. Ahora, los lugares de encuentro para conversar han desaparecido. Los cafés y los bares emiten una música ensordecedora las veinticuatro horas del día, y sus paredes están cubiertas de hipnóticos murales holográficos. Cada

cliente está ligado a un sistema electrónico que emite mensajes comerciales por medio de un chip implantado en su cerebro. La conversación, reflexionar resulta imposible.

Rara vez se pueden encontrar todos los Libros que los Lectores buscan, por muchas de estas Bibliotecas subterráneas que visiten. Sin embargo, esto da una nueva fuerza a su empresa: Los Lectores siguen siendo inventivos. Por ejemplo, ahora que *El Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha* quedó reducido a su Segunda Parte (ya que la Primera se perdió para siempre durante las Transformaciones), la novela tullida hace que la historia del caballero justiciero sea un Libro mucho más poderoso, y mejor escrito. Todas las obras de Flaubert se perdieron, salvo un ejemplar del *Bouvard et Pécuchet* muy subrayado: entre los Lectores de hoy, Flaubert es considerado un colega de esos célebres enciclopedistas, Espasa y Calpe, de los que no se sabe nada más que una mención de sus nombres en un ensayo anónimo sobre el Conocimiento Universal. Varios de los Lectores más emprendedores han establecido un catálogo para las Bibliotecas a partir de los pocos libros que han podido reunir. La lista alfabética incluye, bajo la letra C, por ejemplo, los nombres ilustres aunque heteróclitos de César Cantú, Cervantes, Lee Child, Paolo Coelho y Cicerón.

Ocasionalmente ocurre que un adolescente curioso se aventure en una de estas Bibliotecas: las puertas nunca están cerradas porque en estos días de violencia urbana tales precauciones serían peor que inútiles. Al ver a los ancianos Lectores en sus mesas cojas, agachados sobre sus Libros, el adolescente se siente tentado de arrancar las

páginas de las manos temblorosas de estos viejos inútiles y arrojarlas a una hoguera en la calle. Pero ha sucedido (dicen los Lectores) que unas cuantas veces el adolescente se asoma al Libro y lee unas pocas palabras, y luego unas pocas palabras más. Y en lugar de quemar el Libro el adolescente se lo quita al anciano Lector y se lo lleva a casa y lo lee. Después, la mayoría de las veces, el Libro es tirado a la basura, o las páginas amarillentas se utilizan para liar un porro. Pero en muy pocos casos, el Libro se conserva y, días o meses más tarde, el adolescente recuerda misteriosamente un cierto pasaje o unas pocas palabras. Y entonces, raramente por cierto, el adolescente vuelve a la oscura Biblioteca. Pero esta vez coge un Libro de la estantería y toma asiento entre los Lectores que miran al recién llegado sin decir nada, y vuelven a su página interrumpida. ¿Qué ha sucedido? ¿Ocurrió un acto de enamoramiento?

El Libro (aun las palabras de los poetas que Sócrates condena en otro pasaje de *La República*) puede quizás ayudarnos a responder a estas preguntas, o a formularlas de manera más clara. Que los que se interesan por la literatura sean pocos, que muchos lean mal, que la mayor parte del público confunda propaganda con creación artística... todo eso importa menos que las Bibliotecas continúen existiendo, que el Libro perdure, con la esperanza de que nos ayuden a ser un poco más felices y un poco menos idiotas.

Alberto Manguel

Agradecimientos

*Los que leen, los que nos dicen qué leen,
los que pasan ruidosamente las páginas de los libros,
los que tienen poder sobre la tinta negra y sobre las imágenes,
ésos son los que nos dirigen, nos guían, nos muestran el camino.*

Código azteca de 1524, Archivos vaticanos

Mientras escribía este libro he contraído numerosas deudas. En orden alfabético, tan querido por los bibliotecarios, doy las gracias:

A mis amigos y colegas Enis Batur, Anders Björnsson, Antoine Boulad, Roberto Calasso, Juan Gustavo Cobo Borda, Viviane Flament, Dieter Hein, Chris Herschdorfer, Patricia Jaunet, Marie Korey, Richard Landon, Lilia Moritz Schwarcz, Hubert Nyssen, Felicidad Orquín, Lucie Pabel y Gottwalt Pankow, Dominique Papon, Fabrice Pataut, Arturo Ramoneda, Sylviane Sambord, Alberto Ruy Sánchez, Maud Stéphan-Hachem y Jean-Luc Terradillos.

Al personal de la London Library y de la Mediathèque de Poitiers, así como a Anne-Catherine Sutermeister y Silvia Kimmeier de la Bibliothèque Cantonale et Universitaire de Lausanne.

A mis agentes Michelle Lapautre en París, Guillermo Schavelzon en Barcelona, Ruth Weibel en Zúrich, Bruce

Westwood y Nicole Winstanley y el personal de Westwood Creative Artists en Toronto.

A Gena Gorrell, cuya lectura meticulosa, implacable y crítica ha despejado el libro de un gran número de errores y desaciertos. A Deirdre Molina por el especial cuidado con que ha seguido este libro hasta la imprenta. A C. S. Richardson por otro espléndido diseño.

A mis editores, Rosellina Arquinto, Hans-Jürgen Balmes, Valeria Ciompi, Carmen Criado, Manuel Florentín, Haye Koningsveld, Carmen Ponce de León, Luiz Schwarcz, Marie-Catherine Vacher y, primero y principalmente, ignorando las leyes del alfabeto, a Louise Dennys.

Finalmente, mi profundo agradecimiento a la S. Fischer Stiftung de Berlín y a la Simon Guggenheim Foundation de Nueva York por la ayuda económica que me han prestado durante estos últimos años, sin la cual este libro seguiría sin duda languideciendo en el futuro.



Todo lo que queda de una biblioteca ateniense: una inscripción que indica que el horario de apertura abarca «desde la primera hora hasta la sexta» y que «está prohibido sacar obras de la biblioteca».

Prólogo

Este talante errabundo siempre lo he tenido (aunque no con el mismo éxito), y como un perro de caza que va de un lugar a otro ladrando a todos los pájaros que ve y abandonando su presa, yo he seguido todo excepto lo que debía, y puedo lamentarme justificada y verdaderamente (porque el que está en todas partes no está en ninguna)... de haber leído muchos libros, pero con poca utilidad por carecer de método; he tropezado confusamente con diversos autores en nuestras bibliotecas con poco aprovechamiento, por falta de arte, orden, memoria o juicio.

Robert Burton, *Anatomía de la melancolía*

El punto de partida es una pregunta.

Aparte de los teólogos y los que cultivan la literatura fantástica, pocos pueden dudar de que los rasgos principales de nuestro universo son su carencia de significado y su falta de propósito discernible. Y sin embargo, con un optimismo desconcertante, continuamos reuniendo en un estante tras otro de las bibliotecas, ya sean materiales, virtuales o de cualquier otro tipo, todo fragmento de información que podemos encontrar en forma de rollos, libros y chips, patéticamente empeñados en conferir al mundo una apariencia de sentido y de orden, sabiendo perfectamente, al mismo tiempo, que, por mucho que

queramos creer lo contrario, nuestros esfuerzos están lamentablemente condenados al fracaso.

¿Por qué lo hacemos entonces? Aunque desde el principio sabía que muy probablemente la pregunta no encontraría respuesta, me pareció que la búsqueda en sí merecía la pena. Este libro es la historia de esa búsqueda.

Menos interesado en la ordenada sucesión de fechas y de nombres que en nuestros interminables esfuerzos por coleccionar, me propuse hace varios años no compilar una nueva historia de las bibliotecas ni añadir un tomo más a los ya dedicados en número alarmante a la bibliotecnología, sino sencillamente dar cuenta de mi asombro. «Sin duda encontraremos tan conmovedor como estimulante –escribió Robert Louis Stevenson hace más de un siglo– que la raza humana no deje de trabajar en un campo del que ha sido desterrado el éxito»¹.

Las bibliotecas, ya sea la mía o las que comparto con una mayor cantidad de lectores, siempre me han parecido lugares gratamente disparatados, y hasta donde alcanza mi memoria, siempre me ha seducido su lógica laberíntica, la cual sugiere que la razón (si no el arte) gobierna una acumulación cacofónica de libros. Siento el placer de la aventura cuando me pierdo entre estantes atestados de volúmenes con la seguridad supersticiosa de que una jerarquía de letras o de números me conducirá algún día al destino prometido. Durante largo tiempo los libros han sido instrumentos de las artes adivinatorias.

1. Robert Louis Stevenson, «Pulvis et Umbra», II, en *Across the Plains* (Londres, Chatto & Windus, 1892).

«Una gran biblioteca –observa Northrop Frye en uno de sus muchos cuadernos de notas– posee realmente el don de lenguas y un gran potencial para la comunicación telepática»².

Bajo el influjo de tan agradables ilusiones, me he pasado medio siglo coleccionando libros. Ellos, inmensamente generosos, no han exigido nada de mí, sino que me han ofrecido todo tipo de revelaciones. «Mi biblioteca –escribió Petrarca a un amigo– no es inculta aunque pertenezca a un inculto»³. Como los de Petrarca, mis libros saben infinitamente más que yo y les agradezco que incluso toleren mi presencia. A veces creo abusar de ese privilegio.

El amor a las bibliotecas, como la mayor parte de los amores, hay que aprenderlo. El que entra por primera vez en una habitación hecha de libros no puede saber instintivamente cómo comportarse, qué se espera de él, qué se promete, qué se permite. Puede verse dominado por el horror –a la acumulación o a la magnitud, al silencio, a la admonición burlona de que es mucho lo que ignora, a la vigilancia–, y parte de esa sensación abrumadora puede seguir aferrada a él una vez aprendidos los rituales y las convenciones, una vez cartografiado el territorio, una vez comprobada la actitud amistosa de los nativos.

2. Northrop Frye, Cuaderno de notas 3: 128, en *Northrop Frye Unbuttoned: Wit and Wisdom from the Notebooks and Diaries*, selección de Robert D. Denham (Toronto, Anansi, 2004).

3. Francesco Petrarca, «On His Own Ignorance and That of Many Others», en *Invectives*, ed. David Marsh (Cambridge, MA, y Londres, Harvard University Press, 2003).